

cosa parecida, y reputamos como un *extranjismo* la erección del día de año nuevo en día de *sopitos*. Extendiase también aquella curiosidad a saber si el Presidente recibía *cordialmente* a todos sus conculadanos, hasta al más infeliz *gazanapiro*, a quien le viniere en voluntad ir a verlo, como acontece en semejante día en los Estados Unidos,

a aquellos que no se hallan bien con el distraz, y que con él andan como a escondidas, y como temerosos de que les griten! qué feo!; y los otros, es decir, la gente, se nie y cuchichea y se invitan a ver a los distrazados, y mil ocurrencias por este estilo... Si todo esto lo dijera el Duende, ¡pobre *cristiano* que tan aborrecido lo tiene, diría que

es un maldiciente, un calumniador, ignorante y zafio, que no entiende ni una palabra de achaque de Cortes ni de ceremonias, ni de etiqueta; que es un bárbaro republicano aferrado a esas ideas de sencillez, de ingenuidad y franqueza; y que ni en tiempos de Herrán y Márquez, no hubo nada de todo esto que el llama pura

participantes con quienes dividir la carga del ridículo, que afecta a todo lo que es nuevo y no bien recibido. Estuvo el Duende, sí señores, en Palacio; y, la verdad sea dicha, más bien por curiosidad, que por la solemnidad del día, atendiendo a que entre nosotros los días de besamanos y felicitaciones se sabe que son las pascuas, el cumpleaños o

estrictamente de Corte, es decir, que a él solo eran admitidos el cuerpo diplomático y los altos empleados; por lo cual apenas pudo fisgar a los que allí se reunían y lo que hacían.

No espere el buen lector que este su apasionado (el Duende) le haga una descripción de lo que el día 10. de enero se representó en Palacio. Si dijera que entre nosotros el traje de

ceremonia debiera ajustarse en lo posible al común que la gente distinguida usa en iguales casos, agregándole algún ligero distintivo, para evitar así que los visitantes no se sientan ni hallen mal con un traje que los pone al revés de los demás, que no saben llevar, y que les viene ridículamente, sobre todo ese sombrerito *al dos* que les hace una figura tan

## 10

### EL DUENDE EN PALACIO

Publicado en Bogotá,  
domingo 10 de enero de 1847.

Era el primero de enero y... ya los lectores saben lo demás; y no podía suceder de otra manera, sino que el Duende fuera a Palacio en aquel día, célebre por

EDICIONES §  
**DOSIS MINIMA**

[dosisminima.org](http://dosisminima.org)

curiosos que a la puerta estaban, como quien espera una cosa inaudita, y ellos dirán si lo vieron entrar con su habitual vestido, sombrero alón y su porte marcial, pues que como no iba de etiqueta, no tenía por qué estar como corrido ni emba-razado con la novedad del traje, a guisa de *matachin* sin máscara; ni fue acompañado, porque no necesita de compañeros

tantos títulos y, sobre todo, porque en él comenzara a ejecutarse y cumplirse el reglamento de honores, o sea *ceremonial de Corte* que tantos desvelos, afanes, angustias, vergüenzas y *plata* les cuesta, no tanto a su autor, como a los que a él están sujetos, es decir, al reglamento. El que dude si el Duende no ha estado ciertamente en Palacio, puede preguntarlo a los

*fantasmagoría*; diríale que es un Duende de muy mal gusto, mordaz, disparatado periodiquillo, desabrido y vulgar, como también lo llaman otros adoloridos. A todo esto, el Duende no tiene otra cosa que replicar, sino que habiéndose propuesto divertirse con todo lo que de público y notorio se reputa por ridículo, despreciable, mezquino y aun odioso; en sus

pasatiempos no hace otra cosa que ver, oír y escribir, de lo que todos dicen, todos critican, todos murmuran, y todos ríen.

ser elegante adaptar un traje caprichoso y fantástico, que no estando consagrado por el uso o una respetable tradición, forzosamente hace caer en ridículo a quien lo lleva; y si en fin quisiera concluir, trayendo como prueba de que ni los altos empleados, ni el público, miran bien un ceremonial que los semeja a com-pañía de farsantes, porque en el gesto se les conocera

desairada; si se le dijera que aun admitiendo como ridículo e inusitado el vestido de los diplomáticos, por esto también debiera proibirse; y respondiera a esto que los hábitos antiguos, como las ceremonias y usos, tienen el sello de la antigüedad que les ha impuesto cierto carácter augusto y solemne, que los hace respetables, mientras que al presente no es ni puede

donde los *Yankees* sin más ceremonial, sin más ceremonias, ni colganderos, ni bandas, van a verle los bigotes a su Presidente. No en balde están tan atrasados si no tienen honores ajustaditos al reglamento, ni saben qué cosa es etiqueta, ni de-mocracia, ni nada que lo valga.

¡Entró el Duende a Palacio! ¿Y que novedad es esta? Amigo personal

del Presidente, cofrade del *Cristiano errante*, y uña y carne con el bizarro capitán de la cachucha que de guardia estaba, claro es que tuvo la entrada franca y, además, comedimiento, atención y finura de parte de todos los introductores. Cuando ya estuvo (el Duende) *en el ancho corredor del ancho barandón*, se detuvo allí, y luego se le hizo entender que el besamanos era